

NOTAS CRITICAS

Al reanudar esta sección, cuyo principal objeto es dar a conocer con un sentido crítico bien intencionado y orientador cuantos libros se editen sobre asuntos relativos a Navarra, así como todos los que los autores navarros publiquen y aun aquellos, dignos de atención, que salgan de nuestros talleres tipográficos, según reza el breve preámbulo que, a modo de pórtico, la inauguró, nos es grato dedicar un cariñoso y admirativo recuerdo a su inspirador, el ilustre literato don Eladio Esparza, primer director de esta revista. Que le llegue, con nuestro saludo cordial y nuestro homenaje, a su bello y apacible retiro de Lesaca.

UN ESCRITOR NAVARRO CONTEMPORANEO

No abundan, ciertamente, entre nosotros los escritores de calidad. Y pasamos por un buen momento. Tampoco se hace mucho para que abunden.

El clima de Navarra, nuestro clima medio, no es muy propicio al desarrollo de la literatura creacional, y no por falta de imaginación, creo yo, sino por otras causas íntimas, que algún día discriminaré. Surge entre nosotros el escritor de mérito, cuando surge, poco menos que por generación espontánea, en solitario, y a impulsos de una vocación irrenunciable, arraigada y robustecida, pese a la indiferencia del ambiente, como el cactus en la soledad del desierto.

Por eso nos congratula cuando, de tarde en tarde, topamos —ésta es la palabra— con un escritor navarro de verdad, con voz auténtica y muchas cosas que decir por delante. Nos referimos a José María Cabodevilla, sacerdote tafallés, al que calificamos desde ahora de contemporáneo. Esto, que suena a condición corriente y moliente, a circunstancia de tiempo y de lugar, presupone, sin embargo, un bagaje considerable de cultura al día, y estilo propio, es decir, garbo y expresión adecuados a la mentalidad moderna.

La ficha personal de José María Cabodevilla, a quien no tengo el gusto de conocer más que por sus libros —quizá sea éste el más exacto e íntimo conocimiento de un escritor—, apenas si ocupa media docena de líneas. Que nos las llene él mismo.

Pertenece a ese grupo de sacerdotes jóvenes que ha irrumpido, bullicioso, en el panorama literario español de última hora, con los más nobles fines evangelizadores. «Me ha movido el deseo de incorporar lo moderno —nos dice el propio Cabodevilla en una entrevista a propósito de su segundo y último libro, "Señora Nuestra"—, en todo lo que tiene de redimible, a la

literatura religiosa». No es menguado el empeño. Lo corrobora más adelante con las frases siguientes: «A nosotros —habla con un sentido de grupo, de misión colectiva, de espíritu de combate— la literatura nos interesa en sí tanto como puede interesarnos la aeronáutica. Es, simplemente, un arma de salvación y un medio de apostolado en el que utilizamos un estilo distinto al del sermón, entre otras cosas porque muchas veces el sermón es ineficaz... Somos sacerdotes hasta las últimas consecuencias».

Cuenta 29 años de edad. Nació en Tafalla. Cursó los primeros estudios en el colegio de los PP. Escolapios de su pequeña ciudad nativa y, según me dicen, se distinguió desde pequeño por sus trabajos de redacción. Formóse sucesivamente en el Seminario Conciliar de Pamplona, en la Universidad Pontificia de Comillas y, por último, en la Gregoriana de Roma. Ha sido párroco de Oroz-Betelu. Actualmente reside en Zaragoza. Sabemos, además, en cuanto a sus gustos particulares, que fuma en pipa, que pinta de vez en cuando al óleo y que ama la alegría de vivir como Dios manda.

Después de haber saboreado en reposada lectura sus dos únicos libros, me atrevo a catalogarlo dentro de la promoción de curas eficazmente alegres, tan de nuestra época. De ellos se espera, en el campo del proselitismo, los más sazonados frutos. Estos curas modernos son, a Dios gracias, alegres por temperamento y por formación. (Aquí, un dalo complementario: Cabodevilla anuncia un próximo libro sobre la alegría y su madre nutriz, la esperanza.) Y lo son porque, a diferencia de los antiguos, ven en la vida más posibilidades de salvación que de condenación. No olvidemos que toda religión implica esperanza —por modo especialísimo la Católica— y que la esperanza siempre es risueña. Estas peculiaridades de los sacerdotes de hoy han trascendido incluso a la novela. Yo, por mi parte, las he estudiado psicológicamente en un par de capítulos, inéditos aún.

El primer libro publicado por José María Cabodevilla lleva por título «San Josecho, a lápiz». (Colección Remanso. Sección IV-4. Juan Flors, editor. Barcelona, 1955. 350 páginas.) Se trata de un conjunto de 30 láminas que nos dan la panorámica de un pueblecito montañés navarro, contemplado desde la casa parroquial o, por mejor decir, a través de sus múltiples ventanas, múltiples aunque no pasen de dos o tres. Conviene recordar que la parroquia, con su templo, su torre, sus confesonarios y su sacristía, es morada del Señor, atalaya y desván de miserias, entre otras muchas cosas más.

«San Josecho, a lápiz» resulta un libro delicioso por muchos conceptos. Sus páginas se articulan en un constante primor de lo vulgar, que dijo Ortega y Gasset, refiriéndose a la obra menuda y cotidiana de Azorín. Tiene su antecedente, como técnica, en aquel inolvidable «Por esos pueblos de Dios», de don Santos Beguiristáin. Pero en el verbo de Cabodevilla, irónico a veces, ágil, lozano y jugoso de continuo, como recién salido de su inagotable fábrica de metáforas y giros nuevos, todo renace con vivificadora frescura. Acredita ser en este su primer libro, además de un sagaz observador de la vida, un maestro consumado del lenguaje. Juega con el vocablo un poco a lo transformista, a lo prestidigitador, y como éste saca palomas y cintas de colores de su chistera sin fondo, obtiene él sorprendentes efectos de una sonora y positiva plasticidad.

Por carecer de asunto, «San Josecho, a lápiz» lo abarca todo. Todo lo que constituye la esencia moral y física de un pueblo diferenciado, de uno de nuestros pueblos, con su diversidad de tipos y monotonía de ambiente. Este pueblo familiar se erige en protagonista desde el primero al último capítulo. Pero también se percibe en su recinto —en sus páginas— la presencia suprasensible de Dios flotando por encima del humo de las chimeneas y asomando a los zaguanes de las casas y sentándose en el viejo escaño, junto al hogar...

El segundo libro de José María Cabodevilla, «Señora Nuestra», es, ante todo, una obra importante. Para juzgar de su importancia baste saber que ha sido incluido con el número 161 en la Biblioteca de Autores Cristianos, Sección IV, Ascética y Moral. Lleva como subtítulo «El misterio del hombre, a la luz del misterio de María», lo que nos da la mejor idea de su contenido, dedicado al estudio, contemplación y análisis de la personalidad de la Madre de Dios, de «Toda la Virgen», en 31 aspectos o facetas consoladoras e iluminadas que son, además de capítulos, rosas encendidas de amor, relieves bien fallados y mejor estofados de ese retablo innumerable que la devoción popular ha sabido traducir sencillamente en misterios gozosos, dolorosos y gloriosos.

Estamos, pues, ante un libro de meditación, de cabecera casi, en el que «la teología nos es servida en moderna bandeja del mejor estilo literario», según dice en un magnífico prólogo el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Casimiro Morcillo, Arzobispo de Zaragoza.

Con este «Señora Nuestra», obra de madurez que se lee golosamente con paréntesis de reflexión y recogimiento, su autor se sitúa en la primera fila de nuestros grandes escritores religiosos, de nuestros mejores humanistas al servicio de la Iglesia. Los nombres de Fray Diego de Estella y Malón de Echaide se insinúan por sí solos en la memoria, como antecedentes y picos cimeros de difícil emulación. Hoy por hoy, Cabodevilla cierra el triángulo. Teología en moderna prosa, se ha dicho. Y ensayos profundos. Y proyecciones literarias de la mejor ley.

Por encima del teólogo, cuyo peso y medida no nos compete ni podemos precisar; sobre el apretado acervo de testimonios patristicos y citas autorizadas, algunas de ellas tan del día aue andan sueltas por la calle, nos interesa destacar aquí al escritor, al literato y sus extraordinarias posibilidades. Ellas le permiten tratar como por juego, con aparente ligereza que entraña al mismo tiempo densidad, las más graves e intrincadas cuestiones. Cabodevilla hace juegos malabares con las palabras, y, por ende, con los conceptos, y cuando menos lo esperamos extrae de su alacena particular, como por arte de birli-birloque, ricos y variados presentes verbales, elaborados con la misma harina.

No faltará, sin duda, quien lo tilde de palabrero y paradójico —se advierte en algunos pasajes la influencia inconfundible de Chesterton— y también quienes prefieran —yo entre ellos— a este segundo libro, sustancioso e importante, el primero, tan espontáneo. Tampoco creo que sean muchos los aue encuentren necesaria y oportuna, en un libro de la índole de «Señora Nuestra», la alusión a Gide y sus aberraciones, por muy Premio Nobel que se sea. Pero, a pesar de esto, y lo otro, y lo de más allá que pueda oponer una crítica remilgada y exigente —minucias de forma, que no de fondo—, el gran escritor que lleva dentro José María Cabodevilla nos ha dado mucho en sus

dos primeros libros y se compromete, por sus condiciones, a damos mucho más, en los **que** vengan después. Los esperamos con verdadera expectación.

MANUEL IRIBARREN

SANTOS A. GARCIA LARRAGUETA, *El Gran Priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén, siglos XII-XIII*. Vol. I. Estudio preliminar. Vol. II. Colección diplomática. Pamplona, Edit. Gómez, 1957, 293 y 715 págs. (Diputación Foral de Navarra, Institución «Príncipe de Viana».)

Al comenzar el siglo XII se deja oír la voz del Papa pidiendo el concurso de reyes y pueblos para la gran empresa de la liberación de los Santos Lugares. Su voz es atendida —Dios lo quiere— y los ejércitos de cruzados corren a luchar contra el infiel. Y nace la Orden de San Juan respondiendo a una necesidad bélica y a la vez caritativa tras la conquista. Surge el gran hospital de Jerusalén y los freires sanjuanistas hacen propaganda de su misión, moviendo el corazón del mundo cristiano. De todas partes afluyen socorros y donaciones y la Orden empieza a organizar su creciente patrimonio, creando toda una red de priorados con sus encomiendas, bailíos, casas y monasterios. Es una institución internacional destinada a mantener con las armas y la caridad para el peregrino y el desvalido, aquellas tierras de Oriente santificadas por el paso de Cristo.

Navarra no puede sustraerse a esta corriente general. Fundan aquí los hospitalarios un priorado y, a lo largo de los años, van formando su mapa de encomiendas, que alimenta la piedad de los navarros y de sus reyes. Si la empresa de la Reconquista se acaba para Navarra, limitando o anulando más bien el carácter militar de los sanjuanistas, la otra empresa, la de la caridad, encuentra ancho campo en qué ocuparse. Esta es la labor de la Orden: administrar sus posesiones, explotarlas para ayudar al Hospital de Jerusalén.

Esto es lo que estudia precisamente García Larragueta en su trabajo, que responde en todo momento a las exigencias de la ciencia histórica moderna. Su trabajo llega hasta 1300, memento en que la agregación de los bienes del Temple obliga a una reorganización de la estructura de la Orden, con las consecuencias que de ello se derivan. Tras un resumen de su historia general, el autor va estudiando, a lo largo de los ocho capítulos del estudio preliminar, sus establecimientos en España, la fundación del priorado navarro, sus encomiendas en los siglos XII y XIII, administración de sus bienes y organización interna de la Orden para el cumplimiento de su misión. Precede una información sobre las fuentes utilizadas, tanto inéditas como impresas.

Entre aquéllas, ocupa el primer lugar el Archivo Histórico Nacional, cuyos ricos fondos de Clero y Ordenes han sido examinados concienzudamente. Otros archivos consultados son el General de Navarra, con su documentación del monasterio del Crucifijo da Puente, fundado en 1469, que recoge la herencia de la antigua encomienda de Bargota; el Archivo de la Corona de Aragón, la Biblioteca de la Academia de la Historia, el Archivo de la Catedral de Pamplona, el Vaticano, eclesiásticos de Tudela y Calahorra, Archivos De-

partamentales de Pau y Bayona, etc., amén de un recorrido por los lugares donde estuvieron afincadas las encomiendas del Hospital.

Obligado es hacer ahora un análisis, siquiera somero, de la obra de Larragueta. Alfonso el Batallador marca con su testamento el principio del priorado navarro, que se dibuja claramente en 1151 con Guillem de Belmes. Van surgiendo las encomiendas: Sangüesa, Echávarri, Cizur, Calchetas, San Adrián, Falces, Tudela, Fustiñana, Cabanillas, Buñuel; hasta 25 se cuentan en el momento de pleno desarrollo en el siglo XIII, bajo el mandato supremo de los priores. Llama la atención la existencia de miembros femeninos o seroras en la Orden, hecho que no apunta ningún autor hasta ahora. La finalidad es, ante todo y sobre todo —insiste una y otra vez el autor—, explotar su patrimonio para ayudar al Hospital de Jerusalén. La que estaba destinada a Orden militar para luchar contra el infiel, viene a ser pacífica administradora de unos bienes donados aquí y allá por la piedad de las gentes. Así lo acreditan los documentos examinados, de carácter implacablemente económico —copiamos del autor—, que ni siquiera hablan del destino de los fondos recogidos; cuánto menos de la posible intervención de los freires en las empresas bélicas de la Reconquista. No faltará, claro está, quien oponga algún reparo a esta afirmación casi rotunda de García Larragueta, que en apoyo de su tesis habla del silencio de los documentos y del escasísimo número de caballeros de la Orden a lo largo del período estudiado. Aspecto interesante es el establecimiento de hospitales y monasterios a lo largo de las rutas jacobeanas, especialmente la de Pamplona, Puente la Reina, Estella, levantados con vistas al movimiento de los peregrinos, muy probablemente. Por lo demás, hay que esperar a tiempos posteriores a los que nos ocupan, para que, de una manera neta y clara, se advierta el destino militar de los caballeros del Hospital.

Especial comentario merece el estudio social y administrativo del Priorado, materia harto complicada y eludida desde luego por los cronistas en general. Esta parte es quizá la más interesante y constituye una óptima aportación para cualquier trabajo de índole social y económica sobre estas lejanas épocas. Los documentos del segundo volumen han sido analizados desde diferentes puntos de vista, tratando de ver e interpretar los elementos en juego, hombres y cosas. He aquí algunos puntos que se tratan ampliamente, en los capítulos VI y VII: Formación del Patrimonio de la Orden, adquisición de los bienes y sistemas de explotación, rentas y sus clases (censos, pechas, tributos especiales y servidumbres diversas).

Nota que distingue a los Hospitalarios es —según el autor— la explotación indirecta de los bienes, casi enteramente rurales. La mayoría de las heredades son cultivadas por colonos, que en esta época se llaman pecheros, collazos, mezquinos y exáricos. Insinúa Larragueta que se advierte con el tiempo un avance en la liberación de estos grupos, como puede verse a través de los contratos del tiempo, cartas de ingenuación, concordias, etc. Quizá esto responda a una evolución general, conforme a las conveniencias de cada momento, más que a la voluntad de la Orden. En la documentación de los monasterios se observa un camino paralelo y no nos parece, por otra parte, menos benévolo el trato del rey a sus pecheros —cuando no ocurre lo contrario— que el de cualquier Orden religiosa o militar a los suyos. No fallan, a veces, en los contratos de la Orden misma, amenazas más o menos graves

contra los que no observen buena conducta. A simple vista, las servidumbres personales —Siempre humillantes— no nos parecen atenuadas aquí; pero quizás el autor haya ahondado más. Los numerosos pleitos del Hospital con sus pecheros a lo largo de los años nos dan esa impresión.

Puntos como tipos distintos de donación, repoblación, precios, cultivos, medidas, cuantía de las rentas o pechas, operaciones financieras, etc. ocupan la meticulosa atención del autor, que saca al final sus conclusiones, haciendo hincapié, una vez más, sobre la misión colaboradora del Hospital en el sostenimiento de los Santos Lugares, así como sobre el escaso relieve de los establecimientos creados en la ruta jacobea. Se cierra el primer volumen con varios apéndices, que contienen listas y relaciones de priores, sellos de éstos, comendadores, poblaciones donde tenía propiedades la Orden, tenencias y obispados, y bibliografía.

El segundo volumen nos ofrece más de 500 documentos de variada índole y valor. Me limitaré a copiar las palabras del profesor Lacarra en el prólogo, quien, después de congratularse por la aparición de esta colección documental, de que tan escasa anda la historiografía navarra, dice así: «Aparte del interés que la colección tiene para el estudio del Priorato y para la administración de su patrimonio, que el señor García Larragueta pone de relieve en su estudio preliminar, la nutrida serie de documentos aquí recogida constituye un material de primer orden para el estudio de las clases serviles y, en general, de las clases sociales de Navarra. El jurista verá reunida una variada serie de contratos y el historiador de la lengua se encontrará con la más espléndida y variada serie de textos para estudiar el romance navarro y, en ocasiones, el provenzal, aparte de una riquísima colección de topónimos, apellidos y apodos, verdadera mina para el vascólogo».

Los historiadores medievales tienen, pues, aquí un material de primera mano para sus trabajos. No nos queda más que felicitar sinceramente al autor.

F. I.

FLORENCIO IDOATE. *Un formulario de la Cancillería navarra del siglo XV*. Separata dl Anuario de Historia del Derecho Español. 130 págs. Madrid. 1956.

Como su título indica, contiene esta publicación una serie de fórmulas y modelos de escritos oficiales usados por la cancillería navarra en el siglo XV y en especial en el reinado de Carlos III.

Tales documentos, cuyo número asciende a ciento nueve, no son, en muchos casos, simples modelos con fechas y nombres en blanco, sino minutas de diplomas concretos y personales, de lo cual se infiere su valor propiamente histórico.

Igual valor tiene la colección desde el punto de vista jurídico, ya que, como es sabido, a falta de fuentes de derecho positivo pueden invocarse las leyes adjetivas, o las reveladas por usos o estilos y aun la mera forma esti-

lística del documento, cuya redacción presupone un ordenamiento jurídico existente en su época y que no ha llegado a nosotros.

La diversidad de estos documentos publicados por Idoate es grande, pues se refiere a muy variadas materias. Su interés desde otros puntos de vista, como los de ceremonial, etiqueta, tratamientos y títulos, o el filológico (están redactados en romance, latín y francés), también es muy grande.

Precede a esta publicación una acertada introducción de índole técnica, y la acompañan numerosas no'as aclaratorias, precisiones cronológicas y rectificaciones de variada índole, obra toda ella del laborioso investigador Florencio Idoate, que una vez más evidencia su gran celo y preparación para las tareas históricas.

JOSE RAMON CASTRO. *Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Documentos. Tomo XVIII.*

Con la característica puntualidad de esta meritoria publicación, ha aparecido el Tomo XVIII del Catálogo, que contiene los resúmenes de dos mil ochenta y dos documentos de la Sección de Comptos, relacionados todos ellos con el reinado de Carlos el Noble, y datados en el año 1391, con algunas adiciones correspondientes a los años 1341-1390.

Numerosos personajes grandes o pequeños, que figuraron al servicio del Rey, estuvieron relacionados con su Corte, o involucrados en la máquina administrativa del viejo Reino, desfilan a través de esta vasta colección, que contiene asimismo preciosos datos sobre costumbres, tráfico mercantil, finanzas, pesas, medidas, monedas y mil actividades más, utilísimas para el investigador, que encontrará en estas páginas una segura guía para sus trabajos.

Completan el volumen, los acostumbrados índices onomásticos y topográficos, fotografías de los documentos más interesantes, y reseñas técnicas de los mismos. Con ello se acredita de nuevo el entusiasta empeño del autor y su laboriosidad y competencia ejemplares.

JOSE MARIA SAN JUAN URMENETA. *Fray Pedro Malón de Echaide.* Editorial Gómez. Pamplona.

Al laudable empeño de reparar el injusto olvido de la prócer figura del escritor navarro Malón de Echaide, dedica el joven autor San Juan Urmeneta, este libro galardonado con el Premio Olave.

El tema del mismo es un tanto ambicioso. No es tarea fácil resumir en pocas páginas el ambiente filosófico y literario del llamado siglo de oro español, y determinar su influencia en la formación espiritual de Malón de Echaide, para terminar con un análisis de los méritos del insigne autor de «La Conversión de la Magdalena».

En lucha enconada con la obligada brevedad de espacio, San Juan Urmeneta procura salir airoso de tales dificultades, ofreciéndonos en rápida visión las corrientes filosóficas, teológicas y literarias que informaron el Renacimiento español, sus profundas raíces bíblicas, platónicas y agustinianas.

y el proceso del nacimiento y floración de la gloriosa literatura mística de nuestra patria.

Trazado este panorama general, y situándole en él, nos presenta a Malón de Echaide, siguiéndole en sus vicisitudes de estudiante en Salamanca, profesor en Huesca, Zaragoza y Barcelona, y en su triple aspecto, de buen religioso, notable orador sagrado, y escritor de brillantez inigualada, calificando su obra acertadamente, de más ascética que mística, y «como una pintura finamente perfilada del camino de la santidad, destinada para manjar cotidiano de fieles piadosos» y que «reune junto a una gran variedad de conocimientos filosóficos, un impresionante lirismo y un lenguaje brillante y de gracioso colorido».

Constituye en resumen, el libro de San Juan Urmeneta, una meritoria aportación al estudio de nuestro glorioso compatriota Malón de Echaide, y un noble intento de recordar su obra, que, por desgracia, es tan poco conocida y apreciada en los tiempos presentes. Por lo que ello supone y por el meritorio esfuerzo realizado, felicitamos al autor.

P. G.

REVISTAS INGRESADAS EN LA BIBLIOTECA DEL MUSEO DE NAVARRRA

- ALTAMIRA. N.º 1, 2 y 3 de 1956. Santander.
- ANALES Y BOLETÍN DE LOS MUSEOS DE ARTE DE BARCELONA, Tomo X. ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGIA, Tomo XXVIII, 1955, 2.º semestre; Tomo XXIX 1956. 1.º y 2.º semestre. Madrid.
- ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE. 1957, Tomo XXX, N.º 117, 1957, Tomo XXX, N.º 118, Madrid.
- ARCHIVO HISPALENSE. 1957, N.º 81-82; 1957, N.º 83, Sevilla.
- ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, 1957, Tomo XXVIII, Valencia.
- ARGENSOLA, 1956. N.º 28, 1957; N.º 29, 1957, N.º 30, Huesca.
- ARTE ESPAOL. 1956, 2.º y 3.º cuatrimestre; 1957 1.º cuatrimestre, Madrid.
- BOLETIN DE LA SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS, 1957, tomo XIII, 1.º trimestre; 1957, tomo XIII, 2.º trimestre San Sebastián.
- BOLETIN DE LA INSTITUCION FERNAN GONZALEZ Y DE LA COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS HISTORICOS Y ARTISTICOS DE BURGOS, 1957, 1.º trimestre, N.º 138; 2.º trimestre N.º 139; 1957 tercer trimestre N.º 140, Burgos.
- BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Mayo-Agosto 1957, tomo XXXVII, N.º CLI, Madrid.
- BOLETIN DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA, Julio-Septiembre 1957 y Octubre-Diciembre 1957, Castellón de la Plana.
- BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS, 1956. Núms. XXIX y XXX; 1957, N.º XXXI, Oviedo.
- BOLETIN DE LA BIBLIOTECA MENEDEZ Y PELAYO, 1956, tomo XXXII, Santander.
- BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES. TOMO III. N.º 10. Jaén.
- BOLETIN DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, Tomo II, 1953; Tomo IV, 1955.
- BOLETIN DE LA COMISION DE MONUMENTOS DE ORENSE. Julio - Diciembre, 1956.

BOLETIN DE LA SOCIEDAD ARQUEOLOGICA LULIANA, Palma de Mallorca.
 BIBLIOTECONOMIA, Enero-Julio 1956, Barcelona.
 ESTUDIOS DE HISTORIA MODERNA. Tomo V. Barcelona.
 EUSKERA. 1956, Bilbao.
 HECHOS Y DICHOS. Abril 1957, Mayo 1957, Junio 1957, Julio, 1957, Agosto 1957, Septiembre 1957, Octubre 1957, Zaragoza.
 ILERDA, Tomo XII, N.º 19, Lérida.
 INDICE HISTORICO ESPAÑOL, Octubre-Diciembre 1956; Enero-Marzo 1957; Abril-Junio 1957, Madrid.
 INFORMES Y MEMORIAS, 1956, N.º 32, Madrid.
 MEMORIAS DE LOS MUSEOS ARQUEOLOGICOS PROVINCIALES, 1942, Madrid.
 MUNIBE, N.º 3-4, 1956, San Sebastián.
 NUMARIO HISPANICO, 1956. Tomo V, Madrid.
 PUBLICACIONES DE LA INSTITUCION TELLO TELLEZ DE MENESES, 1956, N.º 16, Palencia.
 RAZON Y FE, Abril 1957, Mayo 1957, Junio 1957, Julio-Agosto 1957, Septiembre-October 1957, Madrid.
 REVISTA DE HISTORIA CANARIA, N.º 115 y 116, La Laguna de Tenerife.
 REVISTA DE LITERATURA, 1956, XIII, Madrid.
 REVISTA DE ESTUDIOS DE LA VIDA LOCAL, 1957, vol. XVI, N.º 91; 1957, vol. XVI, N.º 92; 1957, vol. XVI, N.º 93, Madrid.
 REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, 1955, N.º 1-4; 1956, N.º 1-4, Badajoz.
 SPELEON, Enero-Diciembre 1956, Oviedo.
 TERUEL, 1956, N.º 15-16.
 ZARAGOZA. Tomo III, 1956; Tomo IV, 1957.
 ZEPHYRUS, Enero-Junio 1957, Salamanca.

ALEMANIA

GERMANIA, Tomo 34, N.º 3-4, Frankfurt.
 FUNDBERICHTE AUS SCHWADEN, 1957, Stuttgart.

ARGENTINA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, Julio-Septiembre 1956.

FRANCIA

ANNALES DU MIDI, Enero 1957, vol LXIX Octubre 1956, Tomo LXVIII, Toulouse.
 BULLETIN HISPANIQUE, Enero-Diciembre 1956, Tomo LVIII, N.º 1, 2, 3, 4. Enero-Marzo 1957, Tomo LIX, N.º 1; Abril-Junio 1957, Tomo LIX, N.º 2, Bourdeaux.
 BULLETIN DE LA SOCIETE ARCHEOLOGIQUE, HISTORIQUE, LITERAIRE ET SCIENTIFIQUE DU GERS, 1957, 2.º trimestre, Tomo LVIII, Auch.
 BULLETIN DE LA SOCIETE PREHISTORIQUE DE L'ARIEGE, 1956, Tomo XI, Toulouse.

HOLANDA

OULD HOLLAND, 1956, N.º IV, Amsterdam.

ITALIA

ANTHOLOGIA ANNUA, 1956, Roma.

REVISTA INGAUNA E INTEMELIA, Julio-Diciembre 1956, Bordighera.

REVISTA DI STUDI LIGURI, Abril-Diciembre 1956, tomo XXII, N.º 24, Bordighera.

SICULORUM GYMNASIUM, Enero-Diciembre 1956, Calania.

MEXICO

ARMAS Y LETRAS, Septiembre 1956; Octubre 1956; Noviembre-Diciembre 1956; Enero 1957, Monterrey.

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTETICAS, 1957. N.º 25. México.

SUIZA

JAHRESBERICHT, 1954-1955, N.º 25, Zürich.

YUGOESLAVIA

ARHOLOSKI VESTHIK, 1956, Tomo VII. n.º 4, Lyoblyana.

RAZPRAVE; 1957, Tomo IV, N.º 2; Tomo V, N.º 3; Tomo IV, n.º 4, Lyublyana.

PORTUGAL

ESTREMADURA, Enero-Diciembre 1956, Lisboa.

GUIMARAES, Enero-Junio 1957, Tomo LXVII, N.º 1-2, Guimaraes.

TUNEZ

LIBYCA. 1955, 1.º trimestre. Tomo III, N.º 1; 1955, 2.º semestre, Tomo III. N.º 2, Carthage.